

## “El Paraíso, muchacho, el Paraíso!!”

*Por José Luis Fortunato*

Corría una tarde de septiembre del '84 cuando me llamó el director de la Experimental, para hablar sobre mi beca; por algún motivo presentía que la suerte estaba echada, que no tendría lugar para la especialización en maní con la que andaba entusiasmado desde mi anterior trabajo en Georgalos.

*“Si quiere, le ofrecemos que continúe su beca, ya no en investigación como Ud. pretendía, pero si en extensión rural, en la Agencia de Jesús María, es lo único que podemos ofrecerle, no hay otro destino por ahora”.* Salí masticando cierta frustración, pero había que barajar y dar de nuevo.

Pensándolo bien, no era tan malo, estaría cerca de Córdoba pero con otras perspectivas y metas. Empecé a indagar con los veteranos de la Experimental las características de esa agencia y sus repuestas fueron mezcla de asombro con cierto tono burlón *“¡A Jesús María y con Ruiz Sempere! ¿Qué hiciste, varón?”*, me dijo uno, *“Te mandan castigado ahí. No vas a durar mucho, ese gallego es ¡re jodido! Te va a hacer la vida imposible!”*, eran las palabras de otro. Con esas respuestas que logré cosechar, trague saliva y me hice a la idea de que no me quedaba otra, por el momento no tenía plan B.

El Ing. Gonzalo Ruiz Sempere tenía fama de tipo bravo, de pocos pelos en la lengua y de haberse plantado muchas veces a defender sus convicciones con cierta firmeza y dureza en el tono de voz. Así y todo, con semejante panorama, decidí tomar el toro por las astas y presentarme frente a él. No lo conocía ni de vista, pero sabía que ese día estaba en la Experimental así que pedí a un colega que me lo señalara. Ahí estaba, un tipo prolijo de mediana altura, bien plantado, con lentes que marcaban un astigmatismo leve, con un cigarrillo en la mano, algunas canas que se asomaban en un pelo castaño y muy lacio.

No lo dudé; lo atacué de entrada, un poco avergonzado pero con el coraje del principiante y sinceramente, le declaré un *“Buenas tardes Ingeniero, me llamo José Luis, soy becario y me acaban de destinar a su Agencia; la verdad es que no tengo muchas ganas de ir ya que mis proyectos eran otros, pero bueno... no se dieron, así que no le aseguro cuánto tiempo pueda*

*durar allí*". Con una gran sonrisa, me tomo de un brazo, y mirándome fijo me dijo: "*Muchacho vas al paraíso, es el mejor lugar del mundo para vivir*".

Nunca sentí tanto alivio; eran las palabras que necesitaba escuchar, y no pude más que entusiasmarme. El alma me volvió al cuerpo, no esperaba semejante bienvenida de alguien que tenía fama de ser un tipo duro.

El Norte de Córdoba, el norte de Córdoba...me repetía una y otra vez mientras se me cruzaban las imágenes de los montes, las bandadas de palomas sobrevolando lotes de rastrojos al atardecer y chacras de maíz que veía desde la ruta en mis viajes a Norte. Para mí era un territorio lleno de incógnitas por descubrir, una tierra de fronteras que por algún motivo me recordaba los olores y tiempos de mis pagos, de Jujuy, tal vez por los montes, el calor o el resabio colonial, quien sabe. De lo que sí estaba seguro, es que trabajar allí se había convertido ahora en un desafío fascinante.

Desde el día de esa presentación intempestiva, con Gonzalo cultivamos una entrañable amistad, más bien una relación filial/paternal y viceversa; fue de algún modo el padre que el destino o la suerte me quitó de chico. Si bien era mi jefe, nunca lo sentí así.

El Ing. Ruiz era uno de los tantos mal llamados gallegos; catalán de pura cepa había llegado a la Argentina a los 13 años, luego de pasar parte de su infancia en Houilles ciudad vecina a París, a causa de la guerra civil y una fugaz residencia en Paraguay donde su padre andaba tras de un aserradero. Solía contar con detalles ese viaje en un vapor desde el puerto de Buenos Aires hasta Asunción, remontando el Paraná y luego el Paraguay. Estudió agronomía en la UBA mientras trabajaba en una imprenta. Una vez que egresó, pasó un tiempo en Villa Valeria como administrador de una estancia ganadera y luego por Salta y Mendoza donde fue vendedor de fertilizantes, el famoso "nitrato de Chile".

El destino quiso que fuera el primer Ingeniero Agrónomo del Norte de Córdoba. A Jesús María llegó en el '64 a abrir la Agencia de INTA, con el cargo de Jefe; contaba con una cultura general amplísima, era apasionado por la música clásica, un lector empedernido y un escritor de pluma fluida y amena con la que escribía mensualmente sus hojas informativas en el Boletín de la Sociedad Rural -reemplazo del famoso BoletINTA que fuera dado de baja por la superioridad tiempo antes.

No eran pocas las horas que se pasaba golpeteando las teclas de la Olivetti con algún artículo para el Boletín, o cultivando amistades técnicas con ganaderos y profesionales de diversos lugares del país y del mundo. Reconocido y querido por su

capacidad práctica de técnico experimentado, por ser un destacado extensionista y por su carácter siempre optimista. Fue un referente nacional porque tenía visión del sector y accionaba en consecuencia, más nunca se llevó bien con la burocracia, tal vez porque demasiado protagonismo opacaba otras luces.

Monárquico, ateo y liberal. Cultivaba el rito del café de media mañana y el encuentro con los productores en la cafetería de la Sociedad Rural. Era costumbre que al llegar se encontrara con algún productor conocido que por respeto intentara levantarse para saludarlo, a lo que Gonzalo siempre sonriendo, le apoyaba su mano en el hombro y con picardía le dijese *“Por favor no se moleste, yo también fui pobre”*, sacando una sonrisa y rompiendo el hielo.

El año previo a entrar en la Agencia de Jesús María, roté cada mes durante un año en una sección diferente en la Experimental del INTA Manfredi, conociendo a cada investigador y colaborando desde abajo en sus planes de trabajo, algo fantástico para un egresado ciudadano como yo. Esa capacitación me sirvió muchísimo para mi trabajo en el norte, ya sea implementando un sistema de alarma del barrenador del maíz, en el seguimiento de plagas, como así también en el control de erosión y la confección del mapa de suelos para un Distrito de conservación.

Nos complementamos muy bien; a él le faltaban algunos años para jubilarse y yo recién salía del cascaron de la Facultad. Solía decirme, *“Vos agarra todo lo que sea agricultura y siembra, otro colega Russel se encargará de la horticultura y frutales con los caroyenses y yo de la Ganadería.”* Y en el acto me firmó una chequera en blanco para hacer y deshacer a mi gusto, y creo no haberlo defraudado.

En lo político estábamos en veredas diferentes, fue el primer liberal no conservador con el que tuve la oportunidad de mantener charlas enriquecedoras, gracias a que ninguno de los dos éramos fundamentalistas, ni por cerca. Tenía siempre disponible, en la punta de la lengua, diferentes refranes, pero había uno que siempre lo tiraba al ruedo con frecuencia; un dicho de su madre: *“A Dios no le pido que me dé, solo le pido que me ponga donde hay”*, con lo que dejaba claro el hecho de aprovechar las oportunidades que la vida brinda, mas habiendo pasado por una guerra civil. Y eso fue para mí, la oportunidad de tener un maestro de vida y de la profesión.

Dos veces por semana teníamos visitas programadas a campos ganaderos a los que la Agencia hacía seguimiento, el llamado plan de Sistemas Reales de Producción. Yo era un papel secante absorbiendo tantos conocimientos prácticos sobre

ganadería, pasturas, balances forrajeros, manejo del rodeo y encima pisando los potreros, pero siempre había algo más por hacer, no sabíamos dónde estaba el techo productivo.

Con la sequía de fines de invierno, nunca faltaba algún productor que se arrimara buscando un hombro amigo para contar sus penas; la más frecuente eran las quejas por la falta de pasto y la mortandad de la hacienda, a lo que Gonzalo les respondía “*¿Sabes por qué se te mueren las vacas?, ¡porque tenés vacas!*” y arremetía con la solución, la necesidad de hacer reserva, bajar la carga desechando el rodeo improductivo o destinar buenos diferidos para tener “una feliz sequía”.

Asistíamos también a algunos de los numerosos remates de ganado en las ferias locales para ir tomando el pulso de cómo iban las cosas. Casi siempre el comentario de los productores era el mismo “*Mire Ingeniero cuando el precio llegue a cincuenta centavos de dólar, vendo todo. Hasta el perro y el encargado, aunque estén flacos*”. Con la Agricultura la hacía corta, detrás de su sillón del escritorio podía verse colgada en la pared una mayólica con un refrán que lo resumía todo: “*Labra profundo, arroja basura y cágate en los libros de agricultura*”; no la sentía como propia porque su amor estaba en las vacas.

Gran difusor y defensor de las virtudes de las vacas Criollas, logró reunir a los criadores mas importantes del país y conformar la Asociación Argentina de Ganando Bovino Criollo, y contra viento, marea y una montaña de prejuicios, logró que sea reconocida como raza en el “Herd Book” de la Sociedad Rural Argentina.

Impulsó la formación del grupo “CREA Jesús María” de la cual fue su primer asesor , realizando con ellos un recordado viaje técnico de productores a los EEUU. Un adelantado a su época.

Pero tal vez el rasgo más importante de su personalidad era su generosidad ilimitada, era un referente de consulta de tantísimos colegas a los que siempre apoyaba, relacionaba entre sí y jamás retaceaba apoyo.

Deje el INTA en el '86 para entrar en la actividad privada asesorando un grupo CREA. Al tiempo Gonzalo se jubiló y fue en ese momento que nos invitó a Carlos mi socio en ese momento y a mí, a compartir un grupo de oficinas. En ese tiempo mantenía su actividad abocado a los Criollos, seguía a cargo del Boletín de la SRJM y a sus relaciones epistolares con amigos del mundo entero.

Una mañana intempestivamente entró a mi oficina riendo con ganas para decirme “¡Felicítame!”, levanté la vista sorprendido, tratando de entender que pasaba y sin pensarlo contesté “Te Felicito, ¿Qué pasó?”. A lo contestó, “Tengo cáncer de próstata” sin parar de reír nerviosamente. Como era de esperar la peleó y ganó.

Pero, como sabemos, el tiempo pasa inexorablemente y todo cambia; y el Norte de Córdoba tuvo un cambio productivo impensado. Más de una vez lo invité a ver como habían cambiado las cosas con la implementación de la siembra directa, los nuevos equipos de riego, las rotaciones de cultivos, las vacas que se fueron al oeste, la nueva forma de engordar los novillos encerrados en corral y a pesebre, que esto, que lo otro, pero siempre se negaba a aceptar mis reiteradas invitaciones sin decir ni dar explicaciones. Parecía no querer ver tremendo cambio, tal vez, quería dejar guardada en su retina un potrero de grama con vacas tranquilamente pastando. Comprendí su decisión y la respeté.

La vejez le llegó y optó por internarse cómodamente en un geriátrico, acompañado de sus cuadros, libros y discos de música clásica. Yo lo visitaba cada tanto, sabiendo que tenía a siempre a mano una botella de whisky para acompañar la picada de salame, queso y pan casero que siempre llevábamos con mi amigo Markus, otro agradecido de la generosidad de Gonzalo.

Hasta que un día su hora llegó. El 13 de abril de 2013 se fue, no sin dejar una multiplicidad de enseñanzas y anécdotas. A su pedido, sus cenizas reposan sobre un potrero de grama Rhodes, bajo un enorme algarrobo centenario, al pie de las sierras en la Estancia de Torres Cabrera en Villa del Totoral.

En su justa medida, a lo largo de todos los años compartidos con él, pude comprobar la veracidad de las primeras palabras que me dijo, no sólo por haberlo conocido, sino también por haber adoptado ésta tierra como mi hogar “¡Jesús María es el Paraíso muchacho, el Paraíso!”.